

Tres ensayos de una teoría sexual

Fernando Ulloa

Comenzaré por ubicar aquello que de los Tres ensayos para una teoría sexual, a 100 años de su publicación, considero que aun mantiene vigencia. Lo mantiene, por ejemplo, su estilo de escritura metapsicoanalítica, y de hecho, los efectos que siguen produciendo en los analistas. Me considero uno de los deudores de esos efectos metapsicológicos. Señalo lo anterior, aun tomando en cuenta aquello que llevó al mismo Freud a decir, respecto de la teoría metapsicológica que era: "...por momentos, nuestra mitología". Claro que con mayor justeza también dijo: "la metapsicología es a la par lo más importante y la menos acabada de nuestras teorías". Se diría que estos comentarios bien pueden analogarse con lo propio de la sexualidad infantil, de cuya presencia –desde los inicios de la vida se los niños- se ocupa Freud, largamente, en el capítulo II de este texto centenario. Pues bien, retomando la anunciada analogía con las pulsiones, en esta sexualidad tempranísima tanto se puede reconocer las imaginarias e inacabadas míticas teorías sexuales infantiles, como el hecho de ser, en sí misma, la materia instintiva que, por efecto de la cultura, se irá trocando –propongo mutando- en el equipamiento pulsional inherente a todo sujeto humano. Una mutación ocurrida en el campo virtual de las representancias, donde se da el encuentro de las representaciones del instinto metonímico con las representaciones culturales, que por serlo revisten un carácter más metafórico. Entonces este carácter metonímico de la materia instintiva a la que se le reconoce una fuente somática y un camino de sentido único, en busca de un destino objetal también tirando a único, por el accionar de las representaciones culturales, lo cual altera parte de la fijeza instintiva -inherente a la natura- abriendo paso al surgimiento de las pulsiones, ya una supra estructura, con esbozos metafóricos propios de la cultura.

En este proceso operan sobre el infantil sujeto dos producciones socioculturales antitéticas y contemporáneas: la ternura y la crueldad. La ternura constituye, en los adultos, un resultado de la sublimación sexual; no así en el tierno infantil sujeto donde reina una sexualidad pura; lo ejemplifican el placer de órgano de la lactancia y por fuera de ella, el chupeteo donde "los labios besan a los propios labios" -al decir de Freud. Un argumento más para pensar que la sexualidad está desde los comienzos de la vida de un sujeto. ¿Qué decir de la crueldad, ese fracaso de la ternura en su faz sublimada del buen trato? Sólo diré que el instinto no es cruel, es agresivo porque opera en la reproducción y en la alimentación, donde se juega la vida de la especie. Cuando por este fracaso de la ternura sólo se logra un precario establecimiento pulsional que no alcanza para hacer frontera a la agresividad del instinto, a la manera de una denominación proto-represión -esencial para entender metapsicológicamente a la crueldad- no sólo no existe tal frontera, sino que la precariedad pulsional 'corrompe' al instinto abriendo paso a la crueldad, también una producción cultural.

La ternura/buen trato -así formulada- designa con el primer término, al tierno recién nacido, y con el segundo, a los adultos a cargo de los suministros materiales: abrigo frente a los rigores de la intemperie, y alimento frente a los del hambre. También –y ésto importa- las correspondientes donaciones simbólicas que emanan de las maneras, como modos culturales, con que se aplican estos suministros. Maneras culturales, este trato, que organiza en el niño las

estructuras psíquicas, a su tiempo aptas para receptar la palabra, desde el inicio presente en los cuidados del niño. De ser la crueldad la que prevalezca en los suministros materiales, serán las maneras ríspidas, brutales, de la que no se puede esperar donaciones simbólicas, sino imposiciones concretas. El resultado imprime una impronta cultural cruel con riesgo de reproducirse generacionalmente, si antes no juega alguna instancia reparadora de buen trato. Cabe señalar que en el mejor de los escenarios de la ternura/buen trato, conviven ambas producciones culturales ejerciendo su tratamiento, el propio de las artes y oficios para procesar la materia con que estos trabajan. Cuando se trabaja criando un niño, de este tratamiento resultará “el contrato pulsional”, tallando su psiquismo.

*He resumido sólo algo de lo más vigente a mi entender y desde una perspectiva metapsicológica, este texto freudiano y centenario. Un resumen hecho desde mi práctica clínica psicoanalítica, donde lo metapsicológico no queda reducido a designar el valor de un texto teórico sino que así entiendo la metapsicología, como disposición clínica incluso consigo mismo. No en vano Freud inaugura el psicoanálisis con los que en varios textos denominó el ‘acontecer freudiano, que así entiendo su autoanálisis. Al comienzo me extrañaba esta nominación por convocar directamente lo autoerótico. Proponía -sigo proponiendo- la expresión ‘propio análisis’ como una adquisición posible e irrenunciable en todo psicoanalista que ha arribado a las proximidades de un fin de análisis. Más tarde entendí que era legítimo lo de Freud, pues recurre al saber auto erótico y su pregnancia infantil. Una manera directa para explorar en sí mismo y desde una perspectiva metapsicológica, la validez de la sexualidad infantil en la estructuración, no ya del psicoanálisis, sino de todo sujeto. Autoanálisis que le permitió perfilar los complejos básicos de la metapsicología, el de Edipo y el de castración; también atravesar mitologías infantiles y culturales fundando los inicios de la clínica psicoanalítica con “La interpretación de los sueños” y “Tres ensayos de una teoría sexual”. Al final de sus días nos legó lo que considero su testamento psicoanalítico, no tanto por sus contenidos teóricos –que los tiene- sino por las circunstancias en que fueron escritos: cáncer que avanza, nazis en Viena y el exilio definitivo de su país y de su vida. Como respuesta compone su texto “La escisión del Yo en el proceso defensivo”. Texto inconcluso, en el que hay razones para suponer cierto compromiso autobiográfico entorno a la propia sexualidad infantil. Inconcluso a la manera de un comentario freudiano que afirma: “...la metapsicología es a la par lo más importante y lo menos acabado de nuestras teorías”. En este trabajo se vuelve a ocupar de la noción de desmentida (Verleugnung); mecanismo esencial en el complejo de castración. Lo que no termina en este texto lo retoma, en parte, en las páginas finales, ahora sí de su último trabajo: “Esquema del Psicoanálisis” (1940), donde amplía su idea según la cual la desmentida, de esa escisión yoica, se produce no sólo en el fetichismo y en las psicosis, sino en las neurosis, en general frente a circunstancias en extremo difíciles como las que él estaba viviendo. Tanto es así que Stephan Zweig, compañero de exilio en Londres, dice: “Freud considera serenamente su propia muerte como una circunstancia extra-personal”. ¿Será que optimizó, desde su escisión yoica, la Verleugnung?

Algo de este mecanismo he constatado personalmente, en análisis de pacientes próximos a su muerte; también, y ésto resulta de interés, cuando no es en el fin de una vida sino en el fin de un análisis, surge otro aspecto curioso de la desmentida, curioso por cobrar forma de lo contrario: una suerte de ‘malentendido’ –un como sí- con significación de futura propia muerte del

analizante, o tal vez del analista. Ésto recrea un clima transferencial que en ocasiones, no siempre, permite trocar la angustia de muerte, en tanto angustia real de castración, en vivencia de muerte; aquí la vida –expresada como vivencia– funciona como soporte dialéctico de la muerte, un ensayo de inscripción, en el inconsciente, de la muerte, que no la tiene. Tal vez algo de ésto permitió a Freud vivir hasta su propia muerte eludiendo, a su pedido, ‘vivir’ una muerte ya instalada. La vida siempre es inconclusa, por qué no había de serlo lo que considero su testamento.

Haber asistido y hablado acerca de todo ésto con Mimi Langer en el transcurso de su muerte, va en la misma línea. Lo documento en un trabajo donde también me ocupo de la muerte de Freud: Las campanas solidarias doblaron por Mimi Langer. Vuelvo a “La escisión del Yo...”. Freud duda, al comienzo, en hablar acerca de algo ya muy conocido y por ello de poco interés. Finalmente opta por escriturar su experiencia y señala que muchas décadas atrás el infantil sujeto, “descubre” en los genitales de una niña pequeña, la castración; algo que anuncia la posibilidad de perder su propio pene. A partir de eso desarrolla, junto con la irrupción de su práctica masturbatoria, un síntoma que aterra su ánimo: teme ser devorado-castrado por su padre. Verleugnung mediante, organiza un ingenioso dispositivo, por un lado acepta la castración como inherente al principio de realidad; por el otro, disfruta de la sexualidad, respondiendo al principio del placer. Vale pensar que lo de “muy conocido” aludía a su propia memoria infantil, perelaborativamente activada en su autoanálisis, expresada en “... muchas décadas atrás el infantil sujeto...”, como propias décadas.

En los términos de una común neurosis, funciona así este ingenioso dispositivo; señal que la escisión yoica se mantiene en los límites de una división dialéctica que permiten la convivencia del principio de realidad (castración) y el principio de placer (disfrute sexual). No sucede ésto cuando los términos de la escisión están desacoplados, como ocurre tanto en el fetichismo como en la psicosis.

¿Qué decir acerca de la última cuestión que propone Topía respecto de la inversión y la bisexualidad, con que inicia Freud sus “Tres ensayos...”? Me valdré de párrafos extraídos de su trabajo, principalmente de las conclusiones del apartado “A”: “...La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, y corremos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente la pulsión sexual es, al comienzo, independiente del objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste”.

Encuentro esencial el párrafo anterior, principalmente en relación al aflojamiento entre pulsión y objeto. También me parece importante advertir que la calificación de anormal y la referencia a la normalidad, aún con valor de estadísticamente habitual, aproxima, en un tema tan sensible, los riesgos de la discriminación. El mismo Freud en un agregado hecho en 1915, remarca: “La investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como especie particular de los seres humanos. En la medida en que se estudian otras excitaciones sexuales, además de las que se dan a conocer de manera habitual, el psicoanálisis sabe que todos los hombres (y mujeres, agrego, explicitando géneros) son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en su inconsciente (...) En todos los tipos sexuales (obvio la expresión ‘los invertidos’ incluida en este agregado, por la carga peyorativa del término. Además hay argumentos -más allá de los prejuicios- para no

considerar a la homosexualidad como lo inversa a lo hétero), es posible comprobar el predominio de constituciones arcaicas y de mecanismos psíquicos primitivos...”.

Sólo propongo, sin espacio para desarrollarlo, que mucho de lo que dije anteriormente acerca del buen trato y del distrato, se relaciona directamente con esta “constitución arcaica de mecanismos primitivos”.

A los 100 de la publicación del texto “Tres ensayos de una teoría sexual”

Fernando Ulloa, 27 de junio de 2005